



Instituto de Altos Estudios Homeopáticos
James Tyler Kent

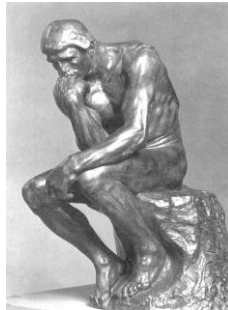
Escuela para Graduados Alfonso Masi Elizalde

**II ENCUENTRO INTERNACIONAL EN LATIOAMERICA
ALFONSO MASI ELIZALDE**

**14 al 16 de Septiembre de 2007
Buenos Aires, Argentina**

EL ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS MÉTODOS HOMEOPÁTICOS

A CRITICAL ANALYSIS OF HOMEOPATHIC METHODS



Autora: DRA. MARIA CLARA BANDOEL
Camarones 4718 - Ciudad de Buenos Aires (C1407FND)
Tel-fax: (54-11) 4567-4363 - Email: mbandoel@fibertel.com.ar

**FUNDACION CENTRO ARGENTINO DE HOMEOPATÍA
HAHNEMANNIANA**
Mariano Acosta 70 - Ciudad de Buenos Aires (C1407KBB)
Tel-fax: (54-11) 4671-6739 - Email: hahnemann@sinectis.com.ar
www.fundacion-hahnemann.com

Buenos Aires – Argentina – 2007

RESUMEN

Los principales postulados del arte homeopático que nos legó el maestro Hahnemann impulsaron por sí mismos su continuo progreso, hasta tal grado que dejaron abiertas las puertas y trazado el camino que nos permite avanzar en el conocimiento de la mejor aplicación de la Ley de los semejantes.

Sin apartarnos de este camino encontramos hoy en día, un aspecto más de las modalidades comunes y específicas de todo estado de enfermedad: su núcleo primario constitucional que se manifiesta como el vector integrador fundamental de las posibles tendencias miasmáticas que puede presentar el enfermo.

A CRITICAL ANALYSIS OF HOMEOPATHIC METHODS

ABSTRACT

The main postulates of the homeopathic art that left the master Hahnemann forced by themselves to continue its evolution, to such an extent that left opened doors and traced the path that let us advance in the understanding of the best application of the Similar's Law.

Without moving away from that path, we find nowadays, one additional aspect of the common and specific modalities of the disease condition. That is the primary constitutional nucleus that expresses itself as the main and integrating vector of the possible miasmatic tendencies that can present the sick man.

EL ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS MÉTODOS HOMEOPÁTICOS
1ª Parte

UNA HISTORIA NO OFICIAL

Los acontecimientos del año 1969 marcaron decisivamente el rumbo de mi vida. Llevaba poco más de cinco años en el ejercicio de la medicina tradicional, durante los cuales experimenté todos los infiernos de sus fracasos. Estaba casi resignada a aceptar que esto se debía a mi exclusiva incapacidad, a pesar de estar convencida de que había nacido para atender el sufrimiento de los enfermos.

Quiso el destino que mi hermana encontrara en un diario un pequeño aviso sobre los cursos que dictaba la Asociación Médica Homeopática Argentina, que en aquella época era la única escuela que se ocupaba en el país de promover el arte homeopático.

Este hecho hizo que recobrar el aliento y las esperanzas de encontrar mejores medios de curar y así me inscribí ese mismo año para seguir los cursos que dictaba dicha institución.

Conocí en su ámbito a verdaderos maestros, quienes según mi entender son aquellos que no sólo nos transmiten sus conocimientos, sino que además nos estimulan a pensar por nuestra propia cuenta. Aprecié estas cualidades particularmente en el Dr. Alfonso Masi Elizalde, por lo que pronto me identifiqué como perteneciente al grupo de sus discípulos.

Durante el primer año del curso de Homeopatía encontré a una compañera de estudios, la Dra. Flora Dabah, quien pronto pasó a ser mi mejor amiga, a partir del mutuo interés por comprender las nuevas dimensiones en el arte de curar que se estaban abriendo para nuestro asombro.

En ese tiempo de nuestros primeros pasos, nos llamaba la atención las diferencias que existían entre las distintas cátedras, cada una de las cuales defendían sus propios métodos. Aunque todas aplicaban la Ley de los semejantes, algunas representaban a quienes tenían como objetivo curar los cuadros clínicos, y otras a los que priorizaban el estado mental del paciente y tenían por finalidad atender su desequilibrio vital.

La polarización de criterios llegó a tal punto, que a fines de 1970 se desencadenó el alejamiento de muchos de los miembros de la Asociación. Nuestra inveterada ingenuidad nos hizo suponer que esto sólo se debía a las diferencias de interpretación de las bases científicas del arte homeopático.

Se formó así la Escuela Médica Homeopática Argentina, que se nucleó alrededor del gran maestro el Dr. Tomás Pablo Paschero y lo acompañaron prestigiosos homeópatas como el Dr. Eugenio Candegabe y el Dr. Alfonso Masi Elizalde y los médicos de sus respectivas cátedras.

La Dra. Flora Dabah y yo tuvimos el privilegio de ser parte integrante de esa nueva escuela.

En cuanto a los primeros hechos que despertaron mi interés por comprender las bases de la Homeopatía y mi pasión por aplicar y transmitir su arte, fueron las clases del Dr. Alfonso Masi Elizalde referidas al análisis crítico de las clásicas observaciones del pronóstico expuestas en la “Filosofía homeopática” de James Tyler Kent.

Tiempo después mientras traducía “Escritos menores, aforismos y preceptos” del mismo James Tyler Kent, encontré con sorpresa que uno de los padres de la Homeopatía afirmaba “... no le debemos obediencia a nuestros padres ni a nuestros maestros, sólo le debemos obediencia a la verdad...” Y la verdad en el arte homeopático decía, es la aplicación acertada de la Ley de los semejantes, a lo cual agregaba “... las leyes de la naturaleza son eternas y perfectas,... somos nosotros los que debemos progresar para su mejor entendimiento y aplicación...”

El atenerse estrictamente a las leyes eternas y mantener para esto la mayor objetividad y por lo tanto la mayor libertad de prejuicios para poder evaluar acertadamente los resultados de nuestra tarea, fueron las enseñanzas principales que recogí del maestro Alfonso Masi Elizalde durante los primeros años de mi contacto con la Homeopatía.

Mi temprano compromiso con la Homeopatía me llevó a participar activamente en la nueva escuela. Integré así el equipo que investigaba el tema de los miasmas y traduje en esa ocasión “Enfermedades crónicas...” de N Ghatak. Estuve a cargo de una de las dos cátedras de clínica homeopática, donde aprendí en contacto con el paciente, que la libertad de prejuicios también significaba dejar de lado cualquier especulación fantasiosa respecto de su estado o de su tratamiento.

Disfrutaba en ese tiempo de las clases de los días sábado donde el Dr. Tomás P. Paschero nos hablaba del sentido trascendente de la existencia, que culminaba decía, religándose con el Todo. Y también le daba gran valor a las clases del Dr. Alfonso Masi Elizalde quien nos hacía reflexionar sobre los aspectos esenciales del ser humano y en especial sobre su don primordial como es el poder apreciar al Uno.

Solía asistir a los tradicionales ateneos de los días jueves donde podíamos llegar a debatir con pasión acerca de las conclusiones a las que habíamos arribado quienes investigamos en profundidad el tema de los miasmas. Algunos de nosotros, los que habíamos vislumbrado el carácter dinámico de los posibles cursos de una sola enfermedad, el desequilibrio de la energía vital, nos enfrentábamos con quienes defendían la postura de tratar sucesivamente las respectivas entidades miasmáticas y también con quienes se aferraban a los esquemas clásicos basados en tomar simplemente determinada totalidad sintomática del caso.

Mientras pertenecí a esta escuela colaboré activamente con la organización de sus primeros Congresos, donde tuvimos la suerte de encontrar reunidos en una misma mesa a los principales referentes mundiales de la Homeopatía de aquel entonces. Estos maestros nos dejaron a través de sus acaloradas discusiones los memorables ejemplos de cómo todos podían encontrar razones valederas para sostener sus respectivos criterios y métodos en la aplicación de la Ley de los semejantes.

Los progresos en la comprensión de la doctrina homeopática, que sosteníamos con entusiasmo especialmente los discípulos del Dr. Masi Elizalde, nos llevó a incorporar estos avances al estudio de la terapéutica homeopática. Nos dirigimos para este fin a sus mismas fuentes es decir, a los registros de las experimentaciones puras.

En esta tarea indispensable se abrieron dos líneas de investigación. Una fue la que promovió la Dra. Flora Dabah quien se ocupó de agrupar las modalidades sintomáticas similares que podían encontrar en cada uno y en todos los rubros de cada experimentación. Buscó así “los temas particulares de sufrimiento” capaces de individualizar la integridad de cada entidad.

La otra vía de investigación fue la que impulsé personalmente, con el objeto de hallar especialmente en el conjunto de los síntomas mentales de cada experimentación, un orden natural de relación y sucesión sintomática.

Dadas las circunstancias que nos tocó vivir en ese tiempo, no alcanzamos a complementar los esfuerzos por encontrar los mejores métodos para la práctica de la Homeopatía.

La resistencia a los cambios por parte de los mediocres e incorregibles rutinarios transformaron los debates en inútiles controversias y dejaron al descubierto, los insidiosos intereses personales y ambiciones de poder que se estaban gestando junto con los adelantos en el conocimiento. Y así un día, creo que del año 1981, el Dr. Tomás P.

Paschero frente a todos los docentes, encontró que la mejor manera de resolver esta cuestión, era pedirle al Dr. Alfonso Masi Elizalde que siguiera investigando sus asuntos en su casa.

No se ha borrado de mi memoria la imagen consternada del Dr. Masi Elizalde. Tardé unos dos años en convencerme de que esta situación era irreversible por lo que me alejé de la escuela que hasta ese momento había considerado como mi propio hogar.

Una vez superada mi primitiva ingenuidad que me había llevado a idealizar a mis maestros, aprendí realmente que “de la psora y sus consecuencias nadie está exento, ni el príncipe que duerme entre algodones, ni el ermitaño que vive en la cueva de la montaña”, tal como lo había observado sabiamente Samuel Hahnemann.

Cuando resolví seguir mi camino formé mi propio Centro de estudios, en cuya carta fundacional quedaron establecidos otros de los conceptos del maestro James Tyler Kent, quien en una ocasión similar, al inaugurar una nueva escuela de Homeopatía había afirmado, “... las ambiciones o intereses personales no tienen lugar aquí, sólo tiene lugar la búsqueda de la verdad...”, lo cual como ya mencioné significaba para este maestro, el perseverar en el perfeccionamiento de la mejor aplicación en nuestro arte de las eternas leyes de la naturaleza.

Junto con estas premisas, también tomé en cuenta las reflexiones del Dr. James Tyler Kent respecto de lo que puede suceder cuando en una institución se disipan sus bases esenciales, la misma se transforma en una estructura vacía, en un cuerpo muerto cuyos elementos inorgánicos sólo pueden servir de alimento a las malezas.

De esto último tenemos sobrados ejemplos. Todos conocemos como han pululado en las distintas escuelas los que aparentan ser los verdaderos representantes de la Homeopatía, cuya única habilidad es saber competir en la lucha por la hegemonía de los distintos mercados del mundo, donde ofrecen sus viles productos a los ávidos consumidores del pseudo conocimiento.

Siempre he sentido el peso de una crónica indignación, exacerbada cada vez que comprobaba cómo se transgredía la misma esencia del arte médico, la cual está definida claramente en el parágrafo 1º del “Organon del arte de curar” de Samuel Hahnemann que dice: “La única y elevada misión del médico es restablecer la salud en el enfermo”. Pocas veces nos detenemos a leer el pie de este parágrafo donde entre otras cosas, el padre de la Homeopatía aconseja para este fin, “... dejar de lado las expresiones

abstractas y afectadas y pomposas, que pregonan vana erudición, a fin de deslumbrar a los ignorantes mientras los enfermos suspiran inútilmente por socorro... “

Terminé de curarme de espanto hace poco más de un mes, después de asistir como invitada al último Congreso mundial de la Liga Médica Homeopática Internacional, donde me curé de manera homeopática, es decir experimentando un espanto similar pero de mayor magnitud: en la entrada del salón principal estaban expuestas las figuras de cartón de dos esbeltas señoras, quienes enfundadas en pantalones de varios talles más grandes, promocionaban los beneficios de ciertos “compuestos homeopáticos” para ¡el tratamiento de la obesidad!

Me reconcilié con mi profunda convicción acerca de que la verdad se defiende por sí sola; y comprendí que sólo tenía que saber esperar para que lo falso caiga por su propio peso.

Esto me alentó a seguir con mi propia historia y a ofrecerles a los Colegas las conclusiones a las que llegamos hasta el momento, en el estudio de los métodos que desarrollamos en nuestro Centro de estudios y que se basan en el cuerpo de doctrina que nos legó el padre de la Homeopatía Samuel Hahnemann y sus rectos seguidores. (Lo siguiente también fue expuesto en el Congreso mundial citado).

2ª Parte

LA VIGENCIA DE LOS POSTULADOS DE S. HAHNEMANN EN EL PROGRESO DEL ARTE HOMEOPÁTICO

Cuando abordamos el estudio de la vasta obra del maestro Hahnemann podemos apreciar que el desarrollo de sus observaciones respecto de una mejor aplicación de la Ley de los semejantes, han marcado las principales etapas de la evolución del arte homeopático.

Existen hoy en día variadas escuelas de Homeopatía que aunque sostienen distintos métodos y objetivos de curación encuentran sus respectivos fundamentos, en la misma fuente inagotable de sabiduría que nos legó a través de sus tratados, el maestro Hahnemann.

Estos hechos han dado lugar a eternas controversias sobre quienes son los auténticos herederos del padre de la Homeopatía.

Cuando prestamos atención al progreso de sus observaciones, podemos llegar a valorar que en sus mismos postulados están las puertas abiertas y el camino iluminado, para que sigamos avanzando en el conocimiento de la mejor aplicación de la Ley de los semejantes.

Comentaré seguidamente cómo fuimos encontrando, basándonos sólo en los mismos postulados del maestro Hahnemann, un aspecto más de las modalidades sintomáticas comunes y específicas de los diversos estados de enfermedad, de lo cual se ocupó como sabemos el padre de la Homeopatía, en los últimos años de su vida ejemplar.

Hemos llegado a observar así del estado de enfermedad, su núcleo primario constitucional que se manifiesta como el vector integrador fundamental de las posibles tendencias miasmáticas que puede presentar el enfermo.

A partir del desarrollo de estos conocimientos, que aplicamos en la práctica cotidiana desde hace más de treinta años y que transmitimos en nuestro Centro de estudios, podemos indicar al paciente el medicamento único dinamizado que de acuerdo con la Ley de los semejantes, le corresponde a todas sus tendencias miasmáticas.

Observamos en tales casos el cumplimiento de la Ley de la curación de Hering, y el cambio apropiado del sentido vital, según lo establece el parágrafo 9º del Organon de S. Hahnemann.

Conocemos que muchos de los prestigiosos maestros actuales afirman categóricamente que el medicamento único que cubra en similitud los distintos estados miasmáticos no existe. A ellos les ruego la suficiente libertad de prejuicios para dar lugar por lo menos al beneficio de la duda.

En todo sistema médico y sobre todo en el arte de la genuina Homeopatía se plantean para el fin de curar, cuatro cuestiones fundamentales:

- 1º) Qué se entiende por estado de enfermedad.
- 2º) Qué corresponde al estado de salud.
- 3º) Qué se presenta como común y específico en los diversos cuadros de la enfermedad.
- 4º) Qué pertenece al sufrimiento de cada enfermo en particular.

Todas las respuestas a estas cuestiones dependen básicamente del grado de entendimiento que se tenga sobre:

Qué es lo propio del ser humano

El Principio vitalista es el sólido fundamento que adoptó el maestro Hahnemann para reconocer lo propio del ser humano en todas las dimensiones de su indivisible existencia.

Su rigor científico no necesitó de “ninguna especulación fantasiosa ni de ninguna fantasía poética”, para registrar las manifestaciones de la naturaleza humana, para lo cual empleó simplemente, la observación pura, libre de prejuicios del curso de los fenómenos vitales.

De las extensas observaciones que encontramos a lo largo de toda su obra, son suficientes para esta exposición dos menciones: dice en prefacio del “Organon del arte de curar”,...”Hallándose el organismo viviente bajo la dependencia de un principio vital inmaterial, - **la energía vital** -, la enfermedad no es más que un desacuerdo dinámico de esta potencia en relación de sus actos y de sus sensaciones...”

Y en el párrafo IX postula: “En el estado de salud, la fuerza vital, - autocrática -, que dinámicamente anima el cuerpo material, gobierna con poder ilimitado y conserva todas las partes del organismo en admirable y armoniosa operación vital, tanto respecto a las sensaciones como a las funciones; ...”

Observamos así desde el Principio vitalista que la existencia de cada ser de la naturaleza se manifiesta como una integridad indivisible, ya sea en la conformación de su organismo y de sus funciones como en el desarrollo de su ciclo de vida. Y podemos reconocer de este modo que:

Cada ser de la naturaleza, desde su misma gestación hasta la maduración plena de su existencia, se muestra regido por una unidad de acción, - **la energía vital** -, la cual se manifiesta determinada en su potencia, autocrática en su regencia, y automática en su acción de sostener la conformación de cada entidad.

Observamos además que la regencia de la energía vital cumple un único propósito egocéntrico: preservar la integridad y el desarrollo de cada organismo. Y en la maduración de cada entidad, el dinamismo vital tiende a un solo fin trascendente: la perpetuación de su especie, lo cual salvo en el hombre se cumple con la sola reproducción de un ser semejante.

Vemos también que todo ser vivo es capaz de sostenerse y desarrollar plenamente sus potencialidades, sólo dentro de una relación esencial y específica con el espacio y el tiempo que le corresponde a su especie.

En el ser humano en particular, las sensaciones y acciones automáticas de la energía vital que rige su conformación se muestran incompletas en sus alcances, e infructuosas en sus esfuerzos por sostener por sí solas su existencia.

Al respecto decía el maestro Hahnemann en “La medicina de la experiencia” (1805):

“.....sólo el hombre, (a diferencia de los demás seres vivos), deja con trabajo las entrañas de su madre; sólo él nace desnudo, débil, sin defensas, privado de todo lo que le podría hacer soportable su existencia, de todo lo que la naturaleza ha prodigado aún al insecto que se arrastra en el polvo...”

A expensas de este déficit constitucional el hombre nace dotado de su exclusiva función de ser racional, cuyo desarrollo activo es decir voluntario le permite solventar su supervivencia, así como recrear sus potencialidades hasta completar de esta manera, la maduración plena de su ser.

A pesar de la pobreza y el desvalimiento de su automatismo vital, el padre de la Homeopatía observaba: “...la Bondad del Creador... no ha desheredado al hombre más que de su animalidad, a fin de dispensarle con más profusión ese destello de la Divinidad, ese espíritu que le hace encontrar con que satisfacer sus necesidades, asegurar su bienestar, etc.”

Observamos al respecto que la trágica desnudez de su automatismo vital se descubre en el hombre plenamente, en las primeras etapas de la existencia que siguen a su nacimiento, cuando él se muestra incapaz de sobrevivir si sus allegados no atienden sus básicos reclamos.

Con el despertar de su ser racional el hombre va reconociendo paulatinamente “su yo” y lo distingue “del tú”, y aprecia de este modo a quienes solventan su débil ser desprotegido.

De “su yo” él capta desde sus primeras experiencias, sus anhelos y límites vitales. Esta percepción se muestra plasmada en la subjetividad de cada individuo, a través de unos de los sufrimientos humanos primordiales como son “su ansiedad por sobrevivir y su inexorable temor a dejar de ser”, lo cual lo acompaña hasta el último aliento de su vida.

La captación de las elementales experiencias de su existencia, no sólo se manifiesta ligada esencialmente al entorno que lo abastece y sostiene sino que también al tiempo en donde acontecen. La exclusiva “idea del yo desprotegido y dependiente”

se muestra de esta manera indisolublemente unida a “las ideas del tú y del espacio y el tiempo” en donde se conforma cada entidad.

El método que aplicamos para el análisis de cada paciente y de cada sustancia dinamizada experimentada, sigue este orden natural del entendimiento.

Y así, cada uno de los aspectos de la función de ser racional, como son los conjuntos de los pensamientos, de los sentimientos y de la voluntad, los clasificamos según su relación con el espacio y el tiempo en donde se presentan.

Diferenciamos de este modo el grupo de las manifestaciones que se refieren sólo al sí mismo, del grupo que representa a la relación con los semejantes, y de aquel que se refiere a las demás circunstancias de la existencia.

Y esto es justamente lo que indicaba el maestro Hahnemann tempranamente, en 1805 en “La medicina de la experiencia”: “...La esencia íntima de cada caso morbozo aislado se manifiesta en cuanto necesitamos conocerla para curarla por medio de síntomas, cuya intensidad y características individuales, conexiones y sucesión estudia el verdadero observador...”

La relación esencial con el espacio y el tiempo de cada existencia fue un tema que ocupó la atención del maestro Hahnemann desde los períodos tempranos del arte homeopático.

En la obra recién mencionada por ejemplo, diferenció “las enfermedades individuales” de “las miasmáticas agudas”. De estas últimas observó que cada uno de tales cuadros como el sarampión, el cólera, etc., presentaban respectivas modalidades sintomáticas comunes, lo cual atribuyó a influencias nocivas específicas del medio, “las influencias miasmáticas”. También tomó en cuenta que estas entidades agudas presentaban modalidades similares en su evolución, consideró con esto la relación temporal de todo organismo.

Todos sabemos, que en los años culminantes de la vida del padre de la Homeopatía desarrolló la observación de la otra categoría de entidades, “los miasmas crónicos”, cuyas modalidades sintomáticas específicas las determinó basándose en la consideración de las respectivas “influencias miasmáticas” que pueden presentarse en el medio, y de las correspondientes direcciones que son capaces de desarrollar en su curso espontáneo.

A partir de los sabios legados de Samuel Hahnemann y de los maestros que siguieron su recto camino, podemos arribar hoy en día a la consideración de otro

orden de relación del género humano. Y de este modo podemos llegar a observar las manifestaciones primarias de todo desequilibrio vital, marcadas en el mismo patrón constitucional de su naturaleza, con anterioridad a la presencia en su medio de las influencias nocivas, sean estas “las miasmáticas como las individuales”.

Cuando seguimos la natural maduración del ser humano, observamos que cada sujeto debe aprender necesariamente a valerse por sí mismo para el objeto de solventar sus básicos anhelos y límites vitales. Y en esta acción voluntaria elemental, el hombre se ve obligado a descubrir a cada paso qué es lo conveniente y qué es lo dañino para su propia preservación.

Esta capacidad de percibir y cuestionarse sobre la validez de cada una de las intenciones que mueven sus acciones voluntarias corresponde al **don de su discernimiento**, el cual se manifiesta así como una de las cualidades esenciales de todo ser racional.

En el curso de su vida el hombre alcanza de este modo a apreciar su **don de ser perfectible**, lo cual se concreta sólo en la medida y forma en que él decide desarrollar las aptitudes de su ser racional, y dentro de las posibilidades que le pueden ofrecer las circunstancias del espacio y del tiempo que le tocan a su destino.

El desarrollo de sus innatas aptitudes, así como el libre albedrío propio del ser humano se manifiestan de este modo, esencialmente subordinados a responder a los designios egocéntricos de la energía vital que rige la integridad de su organismo y cuyas acciones automáticas se muestran incapaces de sostener y preservar por sí solas la existencia.

Vemos al respecto que aún cuando el hombre logra con la maduración de sus dones solventarse a sí mismo, él sólo percibe sus anhelos egocéntricos automáticos a través del sufrimiento elemental de su ansiedad por sobrevivir nunca satisfecha, y de su inexorable temor a dejar de ser.

Observamos asimismo que ni aún con sus mejores esfuerzos, el ser humano puede superar la natural imperfección de su discernimiento, capaz de fallar tanto en la intención como en la elección del sentido y fin de sus acciones voluntarias.

En su estado actual, cada caso en particular puede presentar distintos grados de desequilibrio y tendencias miasmáticas. Pero cuando indagamos en la toma del caso la real totalidad sintomática de sus alteraciones y preguntamos para esto simplemente, “¿cómo es Ud., cómo es su forma de ser?”, descubrimos en **la idea que cada sujeto**

tiene de su particular identidad, el sufrimiento más profundo de su alma, que se define en el comprender que él no es lo que podría haber sido y no está cerca de lo que debería llegar a ser.

En estas manifestaciones que se relacionan con el sí mismo y por lo tanto con la manera de pensar, de sentir y de actuar de cada sujeto, alcanzamos a reconocer en este mismo sufrimiento primordial, el **patrón de referencia constitucional acerca de qué es lo propio y esencial del ser humano y con esto**, cuál es el principio, sentido y fin óptimo de su existencia dotada de razón:

- Cuando toda persona se define a sí misma **imperfecta y falible en sus dones**, comprendemos que este juicio surge de la innata capacidad humana para concebir y distinguirse respecto de **“la Idea de lo Perfecto, lo Cierto, lo Recto, etc.”**
- El sufrimiento elemental humano como es **su ansiedad por sobrevivir y su inexorable temor a dejar de ser** se muestra ligado en su naturaleza, con su don de vislumbrar **“la Idea de lo Pleno y Eterno.**
- Y en el íntimo anhelo de toda persona de **encontrar el sentido y fin más adecuado para el desarrollo de su ser perfectible** se relaciona con su natural posibilidad de apreciar **“la Idea de los Valores Absolutos y Trascendentes, como son el Bien, la Rectitud, el Amor, la Caridad, la Nobleza, etc.”**

Cuando el hombre se conecta de esta manera con lo más noble de su naturaleza, puede llegar a vislumbrar lo que es óptimo para el género humano, más allá de lo que sólo es conveniente para su individualidad precedera.

Y puede encontrar así en el sentido dativo-altruista, y por lo tanto en el amor por los semejantes, el camino apropiado para el desarrollo de sus cualidades potenciales. Es en este camino que él logra percibir la felicidad y la armonía con su propio ser, desde el momento en que se reconoce partícipe activo en la recreación y perduración de la mejor imagen del género humano.

- **Este patrón de referencia constitucional de la identidad humana** que podemos descubrir plasmado en el alma, tanto del más sabio, como del más simple, como del más perverso de los mortales, es en síntesis la cualidad exclusiva humana de poder concebir y distinguirse en relación con **“la Idea del Ser en Sí mismo, Absoluto y Trascendente”**.

- **En esta misma relación con el principio constitucional de su propia identidad se define en todo sujeto su sufrimiento primordial, como es el percibir su individualidad perecedera, imperfecta y minusválida en sus dones y por lo tanto falible en sus intenciones, y en definitiva coartada para desarrollar libre y plenamente el fin trascendente de su humanidad, de acuerdo y en semejanza con el “Modelo de Ser, Recto, Bondadoso y Eterno”, que el hombre muestra grabado en su mismo espíritu dotado de razón.**
- En los síntomas que modalizan en cada sujeto **su idea constitucional de ser errado** se define su estado de vulnerabilidad predeterminado en su misma conformación, tanto su susceptibilidad común y específica, como su susceptibilidad idiosincrásica.

Las circunstancias adversas de cada existencia, tanto “las influencias miasmáticas”, como “las individuales” sólo son capaces de exaltar y desarrollar lo que es interno y activo en el ser humano.

Las posibles estructuraciones que es capaz de desarrollar el desequilibrio vital de cada individuo, ya sea en su tendencia hipertrófica como hipotrófica destructiva muestran en sus modalidades sintomáticas, la misma máscara deformada de su propia imperfección constitucional.

Este es nuestro entendimiento sobre lo que postula el maestro Hahnemann en el prefacio de su “Organon del arte de curar” donde dice: “...la esencia de la enfermedad, se manifiesta a través de aberraciones dinámicas que nuestra vida espiritual experimenta en su manera de sentir y de actuar...”

Cuando prescribimos al paciente su único medicamento simillimum que le corresponde a su desequilibrio vital constitucional observamos el cumplimiento de las pautas que establece la **Ley de la curación**, es decir, constatamos con la desaparición de todos sus síntomas en el orden que establece esta ley, **la aceptación incondicional de su ser imperfecto, y por lo tanto, su plena libertad para desarrollar lo mejor de sí mismo, en el sentido óptimo que le corresponde al género humano.**

CONCLUSIONES

Los métodos científicos no son más que las reglas para llevar a la práctica un cuerpo de conocimientos. Su empleo permite así confirmar, o rectificar y aún ampliar sus propias bases.

En el arte homeopático, o aún en cualquier sistema médico, no son suficientes sin embargo los métodos que se puedan emplear para observar resultados satisfactorios. Es indispensable para esto el compromiso responsable del médico con su misión de curar.

Sólo cuando la disposición del médico es auténticamente honesta, la providencia le permite vislumbrar la mejor manera de asistir al semejante.

Según mi entender y mi experiencia, éste es el modo con que la verdad se defiende por sí sola.